

El acontecimiento histórico entre Esfinge y Fénix

THE HISTORICAL EVENT BETWEEN SPHINX AND PHOENIX

FRANÇOIS DOSSE

Université Paris-Est Créteil

Francia

ABSTRACT

The event returns to the centre of historical research. For a great part of the XIX century, the event was considered insignificant when the understanding of historical processes was at hand; however, the notion of event that returns is not the one that Annales negated during the 1920's. The event returns bearing two faces: that of the enigma (Sphinx) and the other, one of constant reinterpretation (Phoenix)

Keywords: event, history, human sciences, future.

RESUMEN

El acontecimiento regresa al centro de la investigación histórica. Este fue considerado durante gran parte del siglo xx como algo insignificante para entender la dinámica de los procesos históricos. Sin embargo, la noción de acontecimiento que retorna no es la que Annales negó en los veinte del siglo pasado. El acontecimiento retorna con dos rostros: el de enigma (Esfinge) y el de reinterpretación constante (Fénix).

Palabras clave: acontecimiento, historia, ciencias humanas, futuro.

Artículo recibido: 21/06/2013

Artículo aceptado: 09/10/2013

Por todas partes se asiste al “regreso” del acontecimiento. El renacimiento de la colección “Las jornadas que hicieron a Francia”, publicadas por Gallimard, es uno de tantos síntomas. Las nociones de estructura, de invariante, de larga duración, de historia inmóvil han sido sustituidas por las nociones de caos organizador, fractal, teoría de las catástrofes, emergencia, enacción, mutación, ruptura...

Este viraje no afecta únicamente a la disciplina de la historia. En general toca a todo el conjunto de las ciencias humanas y testimonia una nueva preocupación que consiste en poner atención a eso que vuelve nuevamente como interrogación reformulada sobre el acontecimiento. Por todo esto parece oportuno intentar una nueva observación, desde diversas disciplinas, de la noción de acontecimiento, para valorar la fecundidad potencial de su valor heurístico. Como lo ha dicho Michel de Certeau a propósito de mayo del 68, “el acontecimiento es lo que llega”,¹ lo que induce un desplazamiento de la relación del principio del acontecimiento en relación con su final, de sus causas a sus huellas.

Después del largo eclipse del acontecimiento en las ciencias humanas, el “retorno” espectacular que vemos, sin embargo, no tiene nada que ver con la concepción restrictiva de la escuela histórica metódica del siglo XIX. El objeto de esta investigación es buscar las claves de comprensión de la nueva era que atravesamos, la de una nueva relación con la historicidad marcada por una *evenementalización** del sentido en todos los dominios. Más que retorno, vivimos un renacimiento o un regreso de la diferencia.

¹ Michel de Certeau, *La prise de la parole et autres écrits politiques*, 1994. (1968). [Hay traducción al español por la Universidad Iberoamericana. N. de la T.]

* Este término, inexistente en español, lo usamos siguiendo la palabra francesa de événement/événemetalisation, (procede de evento, que en este ensayo traducimos como acontecimiento) y que en francés sugiere una multiplicación o generalización de acontecimientos; una historia de “superficie” que se hace tomando en cuenta el tiempo más corto, el de los acontecimientos. Adelante cuando cita a F. Braudel. [N de la T.]

La publicación, en 2005, de una obra que dirigió un historiador particularmente innovador –nos referimos a Alain Corbin– y que se volvió casi un *best-seller*, sobre las grandes fechas de la Historia de Francia, es absolutamente significativo del nuevo entusiasmo por los acontecimientos.² En la base de esta publicación está la excelente idea de cotejar un polvoriento y viejo manual de 1923 dirigido a un público escolar de primaria, retomando esas viñetas que presentan las grandes fechas de la historia de Francia, con el fin de confrontar este evangelio nacional con la mirada erudita de medio centenar de historiadores de la actualidad. ¿Qué es lo que regresa del acontecimiento? ¿Asistimos a un simple retorno de una *evenemencialidad* factual, o al nacimiento de una nueva mirada del acontecimiento? Pero ante todo se nos plantea la cuestión de saber qué es un acontecimiento.

Conviene ver, en primer lugar, algunos diccionarios, para conocer cómo se constituyó, a través del tiempo, el término “acontecimiento”. Su uso se constata desde el siglo xv y tiene, en ese momento, un sentido particularmente amplio y vago que significa todo “lo que sucede”. Proviene, nos recuerda Alain Rey,³ del latín *evenire* que quiere decir: “salir”, “tener un resultado”, “producirse”, “advenir”, esto es pues, “acontecimiento”. Por ejemplo, en Cicerón su uso evoca el fin de un proceso, su resultado. Al mismo tiempo, la palabra acontecimiento viene de *eventum* y *eventos*, que designa “un fenómeno en tanto que produce” una ruptura, pero es raramente empleado, salvo en plural: *eventa*, que “Añade probablemente una connotación de final feliz”.⁴ A diferencia de hoy, la acepción latina no tenía por objeto la significación de lo inesperado, el surgimiento de lo nuevo. Se le encuentra también

² Alain Corbin (dir.), *1515 et les grandes dates de l'histoire de France revisitées par les grands historiens d'aujourd'hui*, 2005.

³ Alain Rey (dir.), *Dictionnaire historique de la langue français*, p. 751.

⁴ Emmanuel Boisset, “Événement”, “Aperçu historique sur le mot Événement”, p. 18.

en el mundo griego con la noción de *Kairos*, antecedente de la idea de acontecimiento. El *Kairos* en los griegos tenía la facultad de conjugar *Aion* y *Cronos* para significar la realización de un acto en el momento oportuno que no convenía dejar pasar. La divinidad que representaba a *Kairos* era un efebo de espesa cabellera, al cual se debía tomarlo por los cabellos para aprovechar la ocasión. El éxito de esa operación permitía actuar con eficacia, dominar la situación y, al tomarla con las manos en su núcleo, ocurría un cambio radical. El término *Kairos* es particularmente difícil de traducir, nos dice Bárbara Cassin, que ve en él, lo particular de la temporalidad sofista.⁵ Esta noción introduce a la vez la ruptura y la apertura, oponiéndose a *telos*: “El *Kairos* es *autotélico*, contiene en sí mismo su propio fin”. Es ese paso furtivo mediante el cual podemos comprender la economía de la idea de finalidad, al encontrar la identidad en lo propiamente singular.

En su acepción dominante en el siglo xvi, el término acontecimiento nos remite al hecho de alcanzar una salida, un suceso, un desenlace. La palabra será utilizada todavía con este sentido por mucho tiempo, incluso cuando este último caiga poco a poco en desuso. Sièyes escribe todavía en 1789: “El público no se puede equivocar en cuanto al momento oportuno. Siempre lo hemos escuchado desaprobar una medida de la cual preveía un acontecimiento”. Además, en el siglo xvii este sentido desaparece poco a poco para dar lugar a la noción de que algo ha pasado, a un hecho de cierta importancia, de naturaleza algo excepcional que rompe con una rutina, sentido que ha conservado desde entonces. Pero esta estratificación de sentido hace posibles múltiples usos que utilizan una u otra significación. Así, Flaubert usa el vocablo a la vez como significando de todo eso que se inserta en una trama temporal: “Por un largo tiempo, no tuve ninguna visita, ni un acontecimiento, tan pequeño como fuera, no se presentaba en mi plana existencia, poco adornada de distracciones”, y como sur-

⁵ Barbara Cassin, *L'effet sophistique*, 1995.

giendo de lo excepcional: “Amílcar no se intimidaba. Contaba con algo imprevisto [événement], decisivo, extraordinario”.*

Se puede distinguir una triple estratificación del término acontecimiento hasta el francés moderno. En primer lugar, está ligado a una forma de causalidad, ya sea asegurando un desenlace, un resultado o estableciendo las condiciones de posibilidad de su realización: “[Mi proceso] se jugará finalmente al comienzo del invierno... Eso no quiere decir que esté preocupado por el acontecimiento: primero, yo tengo la razón, todos mis abogados me lo aseguran”. Este uso es considerado como un viejo legado del pasado, relegado a la esfera literaria. La segunda acepción establece una relación con uno o más sujetos humanos, y se refiere a eso que le sucede a alguien revirtiendo una dimensión, ya positiva, ya negativa, de ahí los sintagmas “feliz acontecimiento” o “triste acontecimiento”. La tercera significación es la idea de una ruptura inesperada a través del tiempo: “Es el incidente dramático: se acentúa el parentesco entre ‘incidente dramático’ y ‘desenlace’: el desenlace es primero una forma de discordancia”.⁶

La evolución de estas tres formas de definición, surgidas entre los siglos XVII y XIX, se notan mucho más si se siguen las ediciones sucesivas del diccionario de la Academia. La edición de 1694 traduce la coexistencia de tres significados que se presentan en la temporalidad, “la salida, el éxito de algo”, pero también, “una aventura notable” y, finalmente, “la sorpresa”. La edición de 1835 confirma una inversión de las prioridades. Todo lo que remite a la salida, al resultado, no aparece más que en la tercera posición en beneficio de la idea de ruptura: “La palabra gana también en

* Gustave Flaubert, *Salambó*, tr. de Aníbal Froufe, Barcelona, Comunicación y Publicaciones, 2006. [Aquí el traductor usa événement, la acepción de imprevisto, decisivo, extraordinario. N. de la T.]

⁶ Emmanuel Boisset, “Aperçu historique sur le mot Événement”, en Emmanuel Boisset y Philippe Corno (dirs.), *Que m'arrive t-il? Littérature et événement*, p. 23.

neutralidad limitándose a decir ‘eso que llega’”.⁷ Por otro lado, todo evolucionó, el término se problematiza y se transforma en pregunta. Eso es lo que constituye todo el interés de la palabra acontecimiento, pues conservará hasta nuestros días esa tensión entre dos polos que son constitutivos de su naturaleza semántica. La noción se refiere, en efecto, por su doble ascendencia, tanto a la idea causal de salida, como a la de inesperada, sorpresa, y Emmanuel Boisset nota atinadamente lo que será el propósito de su obra: “*El acontecimiento* sería en la actualidad difícilmente reducible a una definición lexical que resultara satisfactoria”.⁸

Las ciencias humanas que han buscado constituir su certeza en torno de las permanencias, las invariantes, quizá incluso las leyes, han considerado el acontecimiento, desde hace mucho tiempo, como un elemento perturbador, contingente, de débil significado, que convendría eliminar en función del progreso de la ciencia. Este proceso ha sido muy bien expuesto en el artículo consagrado al acontecimiento publicado por Roger Bastide a finales de los años sesenta en la *Encyclopaedia Universalis*. Él considera que el acontecimiento es tomado en una doble acepción, tanto como una tensión entre “la del hombre sorprendido por su ‘advenimiento’, traumatizado por él, o que saborea, al contrario, la especificidad, la particularidad y la novedad; y la del sabio que, reconociendo que la duración no puede ser más que ‘una serie de acontecimientos’, no ha dejado de reflexionar para intuir tras de su discontinuidad, la lógica de su sucesión”.⁹ Desde luego, el sociólogo Roger Bastide pone al frente la dimensión fundamentalmente antropocéntrica de lo que es un acontecimiento, cuya definición no puede englobar todo eso que pasa porque “no hay acontecimiento más que por el hombre y para el hombre”.¹⁰ Pero los años sesenta, dominados por la permanencia de la estructura

⁷ *Ibidem*, p. 24.

⁸ *Ibidem*, p. 27.

⁹ Roger Bastide, “Événement”, p. 822.

¹⁰ *Ibidem*, p. 823.

de Lévi-Strauss, condujeron a Bastide a considerar la postura erudita como la que persigue el objetivo estructural a distancia de la agitación *evenemencial* considerada como insignificante. Entonces el erudito debe ante todo, restituir la lógica en la cual se pretende disolver la singularidad del acontecimiento. La dimensión perturbadora de todo acontecimiento, feliz o infeliz, en oposición al equilibrio vigente del lugar, lleva al hombre a querer controlar ese caos potencial a fin de dar cuenta mejor de su destino. Por ello, según Bastide, el hombre no ha dejado de crear una ciencia de los acontecimientos para controlarlos, y esto ocurre desde las sociedades arcaicas. Él distingue tres tipos de ciencia que tienen esta finalidad. Las sociedades arcaicas hacen jugar ese rol a los numerosos dispositivos adivinatorios que se apoyan en los fundamentos mitológicos de estas civilizaciones. En las sociedades históricas, desde el pueblo hebreo con el Antiguo Testamento y Grecia Antigua, es la historia la que juega ese rol de control y de dominio, en tanto que la ciencia de la cronología pone en orden el desarrollo temporal en torno de un cierto número de referencias *evenemenciales*. Finalmente, en la sociedad contemporánea, Bastide ve la emergencia de una nueva disciplina con la perspectiva que tiene como objetivo el de poder proyectarse al futuro para dominar mejor los azares de los acontecimientos. Pero esta sucesión no acaba con la ambivalencia que continúa señalando la noción de acontecimiento entre su pertenencia posible a una lógica temporal que permite marcar las constantes y, por otro lado, “eso que resiste a nuestro espíritu, eso que le permanece ‘opaco’ irreductiblemente”.¹¹

En la actualidad es diferente; el regreso del acontecimiento es scrutado bajo una mirada igual de científica pero que le atribuye todo su aspecto de novedad. De regreso como indicio o huella significante, el acontecimiento es tomado doblemente, como así lo invita su etimología: como resultado y como comienzo, como

¹¹ *Ibidem*, p. 824

desenlace y como apertura de posibilidades. Se puede incluso decir que la idea de Deleuze, según la cual “lo posible no preexiste, es creado por el acontecimiento. Es una cuestión de vida”¹², tiende a imponerse, mientras que hasta hoy se tenía más la costumbre de privilegiar el antes del acontecimiento, la sedimentación causal que parecía suscitar su emergencia.

El acontecimiento-monstruo, el acontecimiento-mundo que golpea el corazón de la ciudad, o también el micro-acontecimiento que viene a perturbar la vida ordinaria del individuo, se coloca cada vez más como uno de los tantos enigmas irresolubles, a la manera de la Esfinge que interroga las capacidades de la racionalidad e intenta esclarecerlas, no en su inanidad, sino en su incapacidad de saturar el sentido de eso que interviene como nuevo, ya que fundamentalmente el enigma alcanzado por el acontecimiento sobrevive a su desaparición. Raymond Aron ya había insistido sobre este deslizamiento propio del siglo xx hacia una acepción de acontecimiento moderno como indoménable: “el término francés “acontecimiento” (*événement* del latín *eventus*), por el contrario, puso el acento históricamente como salida imprevisible e imprevista de eso que pasó”.¹³

El acontecimiento es Esfinge, pero también es Fénix que nunca desaparece verdaderamente. Al dejar múltiples huellas, retorna sin detener la reinterpretación de su presencia espectral con los acontecimientos ulteriores, provocando configuraciones cada vez inéditas. En este sentido, hay pocos acontecimientos de los cuales podamos decir con certeza que están terminados, pues ellos son siempre susceptibles de reinterpretaciones ulteriores. Por otro lado, el renovado interés por los fenómenos singulares asegura una nueva centralidad de la noción de acontecimiento. He tenido la ocasión de estudiar una tendencia similar que alimenta

¹² Gilles Deleuze y Félix Guattari, “Mai 68 n'a pas eu lieu”, pp. 75-76.

¹³ Raymond Aron, *Dimensions de la conscience historique*, p. 155.

la moda biográfica.¹⁴ Porque al desestructurar, el acontecimiento re-estructura el tiempo según nuevas modalidades. La atención al relato, al decir, a las huellas, invita a valorar esta parte subjetiva, esta aprehensión personal, individuada, del tiempo: “Pienso, al entrar en el movimiento de un relato que reúne a un personaje y a una intriga, que el acontecimiento pierde su neutralidad impersonal” precisa Paul Ricoeur.¹⁵ Algunos se dedican incluso a buscar un concepto ideal-tipo que pueda dar cuenta del acontecimiento biográfico retomando la relación ternaria sugerida por Erving Goffman entre la posición del *ego* que define al sujeto como testigo-actor del acontecimiento, la del referente llamado objetivo del tipo accidente que coloca al sujeto en posición de víctima, y la posición de relación con los otros.¹⁶

Como lo señala también Didier Alexandre, “el acontecimiento puede ser un fenómeno natural, catastrófico o ínfimo, o un fenómeno sociohistórico que afecta a la colectividad. Pero, en tanto que este acontecimiento no repercuta en el presente de un sujeto, y en tanto que el sujeto no lo elabore para su comprensión, esto permanece como puro fenómeno”.¹⁷ Al cruzar la reflexión de las ciencias humanas con aquellas que se puedan extraer de la creación literaria, Alexandre se apoya en la obra novelada de Claude Simon, que descansa en un hecho (acontecimiento) omnipresente. Así en su novela *Le jardin des plantes* [*El jardín de plantas*] que es en gran parte autobiográfica, aunque el autor no la presenta como tal, Claude Simon reúne en forma de fragmentos, numerosos acontecimientos que lo marcaron desde su infancia. Todos ellos son diferentes y de desigual densidad, puesto que reúnen acontecimientos como la ausencia de su padre, su caída en

¹⁴ François Dosse, *Le pari biographique. Écrire une vie*, 2005. [Hay traducción al español por la Universidad Iberoamericana].

¹⁵ Paul Ricoeur, *Soi même comme autre*, p. 169. [Hay traducción al español por Siglo XXI. N. de la T.]

¹⁶ Michèle Leclerc-Olive, *Le dire de l'événement (biographique)*, p. 59.

¹⁷ Didier Alexandre, “Le parfait de l'événement”, p. 179.

un estanque y la muerte de su madre. Pero es un acontecimiento el que sobresale y domina todo el conjunto. Éste es retomado de distintas maneras como una reflexión imprescindible: aquel momento en el que el autor sigue a su coronel “verosímilmente vuelto loco, sobre el camino de Solre-le-Château en Avesnes, el 17 de mayo de 1940, con la certeza de ser asesinado en el instante en que iba siguiéndolo”.¹⁸ Este acontecimiento traumático ya había sido contado notablemente en *La route des Flandres* [El camino de Flandes] y en *La Acacia*. Éste es el hilo conductor de toda su obra, que sobresale en la vida del autor a manera de un “traumatismo consciente”. La escena sigue durante sólo ocho días de guerra, y es el infierno de un trayecto a la muerte. Comienza en mayo de 1940, cuando los alemanes lanzan una ofensiva en Ardenas: 33 divisiones eran apoyadas por la artillería y la aviación, entre Namur y Sedan, contra las cuales el Estado mayor francés envía sólo nueve divisiones, a lo mucho, regimientos de caballería ligera, donde Claude Simon se encontraba entonces enrolado. El desenlace de la batalla apenas deja dudas. Las tropas francesas, o bien fueron aniquiladas, o bien los soldados fueron hechos prisioneros, todo casi sin combatir. El batallón al que el autor pertenecía fue totalmente cercado, no sobrevivieron más que él y el coronel, antes de que éste fuera abatido.

Este surgimiento que se abre sobre el abismo de una ausencia de futuro, de una muerte programada, reviste para Claude Simon la naturaleza de una ruptura instauradora, asimilable a eso que los clínicos denominan “neurosis traumática”, que modifica en profundidad el psiquismo, el comportamiento, y sobre todo, la escritura de Simon que va a usar figuras paradójicas, para asir el miedo dándole una lectura de carácter siempre contradictorio al acontecimiento con metáforas que escapan al dominio humano. Así, con respecto a la insurrección anarquista de Barcelona: “Designar la revolución como un infante “que nace muerto” mul-

¹⁸ Claude Simon, *Le jardin des plantes*, p. 223.

tiplica las cesuras. Claude Simon reúne en la representación los dos acontecimientos prototípicos de todo ser humano, el nacimiento y la muerte –acontecimientos en la medida que se escapan siempre al sujeto”.¹⁹

El escritor Jorge Luis Borges insistió, por su parte, en la dimensión inmanente del acontecimiento. Toda su obra apunta a deconstruir la preeminencia de un yo psicológico que le parece desprovisto de fundamentos metafísicos y de realidad propia: “El yo no existe. Cada acontecimiento de la vida está hecho de una sola pieza que es suficiente desde sí misma”.²⁰ Esta valoración del acontecimiento en su dimensión inmanente pasa en Borges por una interrogación sobre el tiempo. En este plano, el escritor sigue el cuestionamiento de san Agustín, este último no veía otra posibilidad de pensarlo más que a partir de un presente íntimo de la conciencia. Borges impugna la concepción tradicional de un tiempo concebido como simple sucesión de hechos, y esta refutación es omnipresente en toda su obra: “Niego, en cuanto a mí, la existencia de un tiempo único, donde los hechos se encadenen”.²¹ Con esto, Borges toma por su cuenta la famosa concepción de Heráclito según la cual nunca nadie se baña dos veces en el mismo río, porque el flujo del río nunca es el mismo, igual que el tiempo que fluctúa sin cesar. Perecedero e imperecedero, el tiempo permanece en un entre-dos enigmático, que no se deja de interrogar sin que se le pueda extraer, sonsacar una respuesta definitiva.

¹⁹ Didier Alexandre, “Le parfait de l’événement”, *op. cit.*, p. 185.

²⁰ La cita ha sido incorporada de “La nadería de la personalidad” de Borges y se ha conservado como una traducción del francés que dice: “Le moi n’ existe pas. Chaque événement de la vie est fait d’une seule piése et se suffit à lui-même”, p. 856. La versión original de Borges va así: “No hay tal yo de conjunto. Cualquier actualidad de la vida es enteriza y suficiente.”, p. 94. [N. de la T.]

²¹ De nuevo una traducción del francés que aparece en “La nueva refutación del tiempo”: “Je nie, quant à moi, l’existence d’un temps unique, où tout les faits s’ enchaîneraient.”, p. 805. El original de Borges dice: “Hume ha negado la existencia de un espacio absoluto, en el que tiene su lugar cada cosa; yo, la de un solo tiempo, en el que se eslabonan todos los hechos.”, p. 267. [N. de la T.]

El acontecimiento es pues, según Borges, el instante estallado, lo inefable; que remite a la multiplicidad, al estallido plural del individuo. En *El Aleph* que es un conjunto infinito, una espera que encierra un espectáculo vertiginoso, Borges presenta al escritor como impotente frente a los límites del lenguaje para dar cuenta de lo que ha percibido: “Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es.”²² El enunciado es incapaz de traducir lo visible. En otro plano, el filosófico, toda la obra de Michel Foucault se vinculará a escrutar este enigma, este desequilibrio. Borges dedujo una crítica radical de nociones practicadas por los historiadores que dan cuenta del pasado en términos de una simple sucesión o bajo la forma de simultaneidad. Así, retoma el ejemplo de dos acontecimientos que se desarrollaron a principios del mes de agosto de 1824: aquellos que conciernen al capitán Isidoro Suárez quien está al frente del regimiento de caballería de Perú, en el origen de una victoria militar, y la otra, cuando De Quincey publica una diatriba en Edimburgo: “tales hechos no fueron contemporáneos (ahora lo son), ya que los dos hombres murieron, aquél en la ciudad de Montevideo, éste en Edimburgo, sin saber nada el uno del otro... Cada instante es autónomo.”²³

Al tomar su distancia frente a una retirada muy radical de la noción de acontecimiento en provecho de la de estructura, Philippe Joutard abrió, a mediados de los años ochenta, en 1986, un coloquio consagrado al acontecimiento que tenía como objeto mejorar la articulación del tiempo largo y “señalar el lugar determinante de la historiografía en la aprehensión de la noción de acontecimiento, esto es recordar al mismo tiempo que todo acontecimiento es de cierta manera una construcción de la memoria colectiva”.²⁴ En esta ocasión, los dos historiadores alemanes, Hans

²² Borges. “El aleph”, p. 625.

²³ Borges. “La nueva refutación del tiempo”, p. 267.

²⁴ Philippe Joutard, *Actes du colloque organisé par le Centre méridional d'histoire sociale de l'université d'Aix en Provence*, p. 3.

Jürgen Lüsebrinck y Rolf Reichardt, presentaron su estudio sobre un acontecimiento mayor: la toma de la Bastilla en tanto que acontecimiento total; con ello se apunta a la construcción de un acercamiento específico del acontecimiento en la época moderna. Ellos ven en este acontecimiento la amalgama de cuatro tipos de acontecimientos: el acontecimiento sensación, que nos remite a un hecho fuera de lo común o de la norma al realizar una ruptura en relación con la uniformidad cotidiana en un espacio-tiempo muy circunscrito. En segundo lugar, la toma de la Bastilla proviene de la *evenemencialización* política y se encuentra ampliamente tributario de nuevos medios impresos de información. Ciertamente, primero es sorpresa, algo inesperado, pero al mismo tiempo ha sido preparada por la prensa de la época. En tercer lugar, es un acontecimiento-catalizador, que se distingue de otras dos acepciones por su anclaje socio-mental y por su alcance político. Y en fin, es un acontecimiento-símbolo “creador de identidades, punto de anclaje fundador de una tradición de ritos y de relatos conmemorativos”.²⁵ Desde el acontecimiento y en sus huellas ulteriores, en el imaginario social, el acontecimiento se convierte en una fuente de identidad, símbolo fundador de libertad, de emancipación del despotismo, encargado como tal de la memoria colectiva. Durante este coloquio Jean Molino esclareció, desde la semiología, la noción de acontecimiento que opuso a la de acto en la medida en que el acontecimiento crea más una dinámica (del cambio con relación a los fenómenos durables), pero no se encuentra bajo el control de un agente, o de un actor. Incluso cuando se contempla como acto, “es considerado como fenómeno, independientemente de sus orígenes”.²⁶ Con esta consideración, Jean Molino señaló con perspicacia que la historia conocida como *evenemencial* no es una historia de los acontecimientos, sino más bien una

²⁵ Hans Jürge Lüsebrinck y Rolf Reichardt, “La prise de la Bastille como événement total. Jalons pour une théorie de l’événement à l’époque moderne”, p. 76.

²⁶ Jean Molino, “L’évenement: de la logique à la semiologie”, p. 286.

historia de actos, de acciones. En cuanto a la distinción entre acontecimiento y hecho, el punto de vista semiológico distingue bien eso que proviene del lenguaje natural, que nos remite al mundo, ya sea el acontecimiento de eso que es mediatizado por el lenguaje, el hecho, que pertenece al metalenguaje: “Un hecho es un acontecimiento aprehendido a través de una descripción particular”.²⁷ Pero como veremos, y sobre todo entre los filósofos, el uso más frecuente realizó una inversión de términos, lo que no plantea mayores problemas, a condición de conservar la distinción establecida entre lenguaje-objeto y metalenguaje. El acontecimiento se ha vuelto recientemente una entrada privilegiada en el universo social, de vuelta, no a partir de arquetipos reductivos, sino de singularidades que pueden tener vocación de volverse enseñanzas de alcance generalizado. Es el caso de Timothy Tackett, cuando vincula el acontecimiento de la huida del rey Luis XVI a Varennes como la matriz de la política del Terror que le siguió. El acontecimiento fue entonces de una importancia mayor, y como bien lo mostró este autor, sobre todo por la dimensión emotiva que se expandió tan amplia y rápidamente: “Ese fue un acontecimiento que provocó tal emoción que la gente experimentó la urgente necesidad de tomar parte con sus testimonios y de relatar su experiencia”.²⁸ Es muy conveniente, entonces, captar la parte personal de la interiorización del acontecimiento en los diversos actores que componían la sociedad francesa, ya que será a partir de sus representaciones de las que dependerá el curso ulterior de la Revolución. El acontecimiento es tomado aquí como la capacidad para transformar la psicología colectiva de una opinión pública. Con esta demostración, Timothy Tackett da una lección de las visiones teleológicas que prevalecieron hasta ese momento, y sobre todo de la lectura que le dio François Furet, en la cual la Revolución llevó al Terror, como la nube lleva a la tormenta. Por

²⁷ Paul Gochet, *Esquisse d'une théorie nominaliste de la proposition*, p. 93.

²⁸ Timothy Tackett, *Le roi s'enfuit. Varennes et l'origine de la Terreur*, 2004.

el contrario, la restitución de la parte contingente y *evenemencial* rompe ese tipo de lectura que no atribuye más que una parte insignificante al contexto: “La historia de la huida de los reyes nos pone en guardia contra la hipótesis de una causalidad lineal muy simple. Ella nos recuerda oportunamente el carácter contingente e imprevisible de la Revolución”.²⁹ Todo el mérito del relato del acontecimiento emprendido por Timothy Tackett implica también evitar otra trampa, esta vez inversa, que consiste en evitar establecer una relación de causalidad simple y mecánica entre el acontecimiento descrito y sus efectos. Ciertamente él nos muestra aquí, que la huida misma no suscita ni inmediata ni ineluctablemente el Terror. De hecho, en ese momento (1791) todavía no existe ningún Comité de Salud Pública, sino sencillamente, y no de manera causal, “ese simple acontecimiento, la huida de Varennes, con todas sus ramificaciones, había transformado profundamente el clima social y político de Francia”.³⁰

La nueva atención a la huella que dejaron el acontecimiento y sus mutaciones sucesivas es absolutamente fundamental y permite evitar el falso dilema empobrecedor y reductivo de tener que elegir entre una *evenencialidad* supuestamente corta y una larga duración pensada como estructural. En esta perspectiva, el acontecimiento no es un simple dato que sería suficiente recopilar para testimoniar la realidad, sino un constructo que reenvía al conjunto del universo social como matriz de la constitución simbólica del sentido. Es así como Claire Gantet mostró cómo el acontecimiento es constituido por la memoria colectiva, pero no de manera lineal, sino lo constituye con tropiezos, y esta memoria colectiva se apodera de él o lo desecha, pero siempre lo transforma; con respecto al caso de la paz de Westfalia en 1648: “En lugar de ser determinado por él, la memoria forja el acontecimiento”.³¹

²⁹ Timothy Tackett, *Le roi s'enfuit. Varennes et l'origine de la Terreur*, op. cit., p. 255.

³⁰ *Ibidem*, p. 260.

³¹ Claire Gantet, *La paix de Westphalia (1648). Une histoire sociale, XVII^e-XVIII^e siècle*, p. 9.

Este Tratado, que puso fin a la guerra de Treinta años, que duró de 1618 a 1648, fue sucesivamente conservado de manera viva por la memoria de sus actores y de sus relatos hasta 1730, después una memoria erudita tomó el relevo de una memoria generacional en vías de extinción. La ola nacionalista alemana, resultado del episodio napoleónico, despertó alrededor del año de 1815, en el momento en que el Imperio francés se hundía, trayendo consigo una mirada muy crítica sobre este Tratado, culpable de haber conducido a la parcelación del Imperio germánico y de permitir el delirio de grandeza de Luis XVI. Una vez que Alemania fue reducida, después del nazismo, con la partición entre la República Federal Alemana y República Democrática Alemana, el tratado de Westfalia se volvió un pilar de la identidad y, finalmente, “en el contexto de una Europa en busca de una historia específica, el acuerdo de Westfalia fue interpretado por algunos como el primer tratado ‘europeo’ firmado en una Alemania serenada”.³²

Más recientemente, Alain Dewerpe se ha comprometido de manera ejemplar al llevar a cabo una antropología histórica de un acontecimiento trágico que se desarrolló en París en 1962: Charonne.³³ El acontecimiento en sí mismo se desarrolla en muy poco tiempo y toma pronto un giro dramático, ya que se cuentan nueve individuos que murieron aplastados contra las rejas del metro Charonne después de participar en una manifestación totalmente pacífica y que protestaban contra los atentados perpetrados por la OEA: “Escribir la historia de un acontecimiento en apariencia inconcebible, pero que resuena en nuestros oídos, hace que emergan estratos subterráneos de nuestra vida colectiva, esto nos revela muchos aspectos de nuestra sociedad”.³⁴ El acontecimiento es comprendido en este caso como el síntoma de un cuerpo enfermo, y en este sentido, Alain Dewerpe siente con par-

³² *Ibidem*, p.11.

³³ Alain Dewerpe, *Charonne 8 février 1962. Anthropologie historique d'un massacre d'État*, 2006.

³⁴ *Ibidem*, p.19.

ticularidad intensidad ese drama colectivo, ya que en él perdió a su madre, Fanny Dewerpe, quien fue una de las víctimas. Alain Dewerpe se coloca como historiador del acontecimiento, cuidadoso de restituir la emergencia y el desarrollo de la violencia, en la que él fue irremediablemente lastimado por la desaparición de su madre. Restituir el ejercicio de la violencia por el Estado, las condiciones políticas y policiales de ésta, recoger los testimonios, establecer los hechos, tal es la lista de cargos de esta minuciosa encuesta sobre la singularidad de ese desencadenamiento violento en plena democracia; al mismo tiempo, esta monografía intenta “dar razón de fenómenos muy generales, que lo rebasan pero que posibilitan el análisis”.³⁵ La obra hace por sí misma al acontecimiento, que se beneficia de largas recensiones analíticas muy laudatorias, ya que logra salir de la opacidad que gira en todo el drama para lograr un relato particularmente documentado, que testimonia la posibilidad para el historiador, de establecer la realidad de los hechos, su carácter tangible con relación a ciertas tentaciones relativistas, que vuelven a poner en el mismo plano las interpretaciones más contradictorias.³⁶ En su largo relato, el autor distingue a cada paso eso que es comprobable, lo que es probable y lo que se produjo. Como historiador, con todo el cuidado para comprender cómo un Estado democrático puede llegar a matar, invoca muchos órdenes de causalidad que van a interferir. En primer lugar, recurre a una radiografía del medio social que analiza: la policía parisina a principios de los años sesenta, que está fuertemente marcada por un *habitus*, el de las prácticas violentas. Formado en las doctrinas de Gustave le Bon sobre la psicología de las masas, esta psicología está persuadida de que todo reagrupamiento puede ser peligroso para el orden republicano y es objeto de temor para la República. La República, además, está atravesada

³⁵ *Ibidem*, p. 19.

³⁶ Véase Etienne Ollion, “Le jeudi de Charonne. Notes sur l’histoire et l’événement”, pp. 128-134. Michel Naepels, “Il faut haïr”, pp.140-145. Marc-Olivier Baruch, “Anthropologie politique d’un massacre d’État”, pp. 839-852.

por fuertes líneas de fractura en plena guerra de Argelia, y aunque no es cuestión de generalizar, ciertas policías piensan en enfrentarse con la izquierda. Así, por una parte, el acontecimiento se encuentra aclarado por un mejor conocimiento del medio social relacionado a una sociología histórica de la institución que es la policía parisina y un estudio histórico de los modos de protesta pública. En segundo lugar, Dewerpe invoca una situación política muy tensa, con un poder gaullista que no quiere desdibujarse y tampoco engañarse y ceder a la presión de la izquierda en las difíciles negociaciones con los argelinos. Esta actitud lo conduce a un tercer factor determinante: la interdicción de la manifestación que, para De Gaulle, es una manera de reafirmar su autoridad frente a toda forma de presión y desbordamiento.

Hasta aquí, más allá de la sociología de un medio específico, se podría considerar que se está frente a un estudio de factura clásica del acontecimiento, animado por su cuidado de buscar la verdad y por establecer las correlaciones causales. Pero el autor no encierra el drama en lo ineluctable. El campo de eso que va a llegar permanece abierto en cuanto a sus condiciones de posibilidad. Por otra parte, el autor pone una atención extrema en el acontecimiento como construido por sus actores, por sus testigos, así como por sus huellas y las marcas memoriales, que él va a dejar en el camino al filo de nuevas composiciones sucesivas del drama de Charonne. En el curso de esta demostración, se comprende mejor cómo un acontecimiento ha expulsado al otro. Charonne, cuya memoria fue mantenida inmediatamente por la simbolización, con su tiempo fuerte de funerales seguidos por un inmenso gentío, habrá borrado la tragedia todavía mayor ocurrida el 17 de octubre de 1961, en el curso de la cual, entre cien y 200 argelinos encontraron la muerte en las calles de París al término de una manifestación pacífica,³⁷ muertos que durante largo tiempo fue-

³⁷ Oliver La Cour Grandmaison, (dir.), *Le 17 octobre 1961. Un Crime d'État à Paris*, 2001.

ron ignorados y abandonados por las corrientes conmemorativas, mientras que en los años setenta todavía en los desfiles frente al metro Charonne se hacía espontáneamente el silencio que rendía homenaje a los desaparecidos. Dowerpe ofrece la demostración convincente de que es posible escribir, en el caso de Charonne, lo que pasó, y ofrece argumentos a la tesis del primado de la prueba, tal como la puede defender un Carlo Ginzburg con relación a las posiciones relativistas.³⁸

Está de regreso, en la actualidad, el afirmar la fuerza intempestiva del acontecimiento, en tanto que manifestación de la novedad, en tanto que comienzo. Esto implica aceptar la incapacidad, esto es, la apuesta imposible de mostrar detrás de cualquier investigación, tan minuciosa como ella sea, el sentido del acontecimiento que permanece irreductible a su encierro, en sentido acabado y unilateral. Como lo dice Michel de Certeau, el enigma sobrevive, lo que no dispensa de la investigación, sino todo lo contrario, pero exige abandonar los oropeles de la arrogancia y la rápida salida de las explicaciones previas y rígidas.

Estamos muy lejos de los tiempos de Braudel, cuando perseguía las “luciérnagas”, la espuma *evenemencial* que remitía al plano de la insignificancia. En él se denunciaba el “humo abusivo”, afirmando que “las ciencias sociales tenían casi horror del acontecimiento. No sin razón. El tiempo corto es el más caprichoso, el más engañoso de las duraciones”.³⁹ También estamos lejos del tiempo donde su discípulo Emmanuel Le Roy Ladurie no hablaba más que de historia inmóvil, precisando que “La Escuela [Los *Annales*] es la imagen misma de las sociedades que ella estudia: lenta. Define su propia duración en el largo plazo de nuestro siglo [...] ella es testimonio de la gran indiferencia a los fenómenos que pasan en la superficie”.⁴⁰

³⁸ Carlo Ginzburg, *Le juge et l'historien*, 1997.

³⁹ Fernand Braudel, “Histoire et sciences sociales : la longue durée”, p. 746.

⁴⁰ Emmanuel Le Roy Ladurie, “L'histoire immobile”, p.14.

Entre los historiadores, y a contracorriente de la moda de la larga duración, Pierre Nora anunció muy pronto, desde 1972, en un artículo que apareció en *Communications*, y que fue retomado en 1974 en la trilogía *Faire de l'histoire*, “El retorno del acontecimiento”.⁴¹ Él percibe ese “retorno”, con el tufo del perfume anticuado de la antigua generación de los historiadores “positivistas”, por el sesgo que tomaron los medios de comunicación. Ser, es ser percibido, y para lograr hacer esto los diversos medios de comunicación se volvieron maestros, hasta ejercer el monopolio de la producción de los acontecimientos. Pierre Nora comprende el asunto Dreyfus como el primer acontecimiento en sentido moderno, en la medida en que le debe todo a la prensa. Asunto de los medios de comunicación, el acontecimiento contemporáneo se vuelve muy pronto la espuma de los medios que crea, con todos los pedazos, una sensibilidad a la actualidad y, a la vez, una apariencia de historicidad. Algunos de estos acontecimientos contemporáneos son percibidos auditivamente (las barricadas de Mayo del 68), el discurso del 30 de mayo de 1968 del general de Gaulle), otros están ligados a la imagen (la invasión de Praga, el alunizaje de la misión Apolo, la represión de la Plaza de Tiananmen...). La inmediatez vuelve muy fácil el desciframiento del acontecimiento, puesto que golpea de improviso, y a la vez más difícil, ya que entrega todo de un golpe. Esta situación paradójica necesita, según Pierre Nora, de un trabajo de construcción del acontecimiento que debe efectuar el historiador para entender cómo los medios de comunicación producen el acontecimiento.

Entre su disolución y su exaltación, el acontecimiento, según Paul Ricoeur, sufre una metamorfosis que se mantiene en su recuperación hermenéutica. Reconciliando el acercamiento continuista y discontinuista; Ricoeur propone distinguir tres niveles para acercarse al acontecimiento: “1. Acontecimientos infrasignificativos; 2. Orden y reino del sentido, en el límite de

⁴¹ Pierre Nora, “Le retour de l'événement”, pp. 263-281.

lo no *evenemencial*; 3. Emergencia de acontecimientos suprasignificativos, sobre-significativos".⁴² El primer nivel corresponde simplemente a la descripción de "eso que pasa" y evoca sorpresa, la nueva relación con lo constituido. Por otro lado corresponde a las orientaciones de la escuela metódica de Langlois y de Seignobos, el del establecimiento crítico de las fuentes. En segundo lugar, el acontecimiento es tomado dentro de esquemas explicativos que lo colocan en correlación con las regularidades, las leyes. Este segundo momento tiende a subsumir la singularidad del acontecimiento bajo el registro de la ley de la que proviene, hasta el punto de estar en los límites de la negación del acontecimiento. Se puede reconocer en él la orientación de la escuela de los *Annales*. A este segundo estadio del análisis le debe suceder un tercer momento, el de la interpretación, es decir, el de retomar al acontecimiento como emergencia, pero en esta ocasión, con una sobresignificación. El acontecimiento es entonces parte integrante de una construcción narrativa constitutiva de la identidad narrativa fundadora (la toma de la Bastilla) o negativa (Auschwitz). El acontecimiento que está de regreso no es pues el mismo de aquel reducido a su sentido explicativo, ni aquel infrasignificativo que era externo al discurso. Él engendra en sí mismo el sentido. Es la demostración que hace Georges Duby, desde 1973, confrontado con la exigencia de contar el acontecimiento de la batalla de Bouvines del 27 de julio de 1214, en la ya clásica colección de Gallimard, "Las treinta jornadas que hicieron a Francia". Él no sólo se conforma con contar la jornada del combate, sino que desplaza su mirada al acontecimiento y muestra que el sentido de este último no se reduce a un ilustre domingo, sino que se sitúa en las metamorfosis ulteriores al dentro de una memoria colectiva que va a veces a magnificar ese momento, y a veces lo va a dejar caer en el olvido. El acontecimiento se vuelve entonces el destino de un recuerdo en el seno de un conjunto movedizo de representaciones

⁴² Paul Ricoeur, "Événement et sens", pp. 51-52.

mentales. Muestra que lo que se constituye en esa jornada como acontecimiento es importante sobre todo por sus huellas: “Fuera de ellas, el acontecimiento no es nada”.⁴³

Los acontecimientos nos son detectables más que a partir de sus huellas, sean o no discursivas. Sin reducir lo real histórico a su dimensión lingüística, la fijación del acontecimiento y su cristalización se efectúan a partir que se les nombra. Se constituye, pues, una relación absolutamente esencial entre lenguaje y acontecimiento, que en la actualidad es ampliamente problematizada por las corrientes de la etnometodología, del interaccionismo y, obviamente, por el acercamiento hermenéutico. Todas estas corrientes contribuyen a lanzar las bases de una semántica histórica, que toma en consideración la esfera del actuar y rompe con las concepciones fisicalistas y causalistas. La puesta en intriga juega un rol operativo, al relacionar los acontecimientos heterogéneos. Se sustituye con la relación causal de la explicación fisicalista. La hermenéutica de la conciencia histórica sitúa el acontecimiento en una tensión interna entre dos categorías metahistóricas que retoma Koselleck: la de espacio de experiencia y la de horizonte de expectativas.⁴⁴

El desplazamiento de la *evenemencialidad* hacia su huella y sus herederos suscita un verdadero retorno a la disciplina histórica sobre sí misma, en la esfera de eso que se podría calificar como círculo hermenéutico o giro historiográfico. Este nuevo momento invita a seguir las metamorfosis del sentido en las mutaciones y deslizamientos sucesivos de la escritura historiadora, entre el acontecimiento mismo y la posición presente. El historiador se pregunta entonces sobre las diversas modalidades de fabricación y de percepción del acontecimiento, a partir de su trama textual. Esta nueva exploración por la escritura historiadora acompaña la

⁴³ Georges Duby, *Le dimanche de Bouvines*, p. 8. [Hay traducción al español por editorial Alianza. N. de la T.].

⁴⁴ Reinhardt Koselleck, *Le future passé. Contribution à la semantique des temps historique*, 2000. [Hay traducción del alemán al español por Paidós. N. de la T.]

exhumación de la memoria nacional y confirma aún el momento de interés por la memorial actual. A partir de la renovación de la historiografía y de la memoria, los historiadores asumen el trabajo de duelo de un pasado y llevan su contribución al esfuerzo reflexivo e interpretativo actual en las ciencias humanas.

La tentativa de salir de la falsa alternativa entre la valorización de las estructuras y la valorización de los acontecimientos está en la vía correcta, gracias al descubrimiento de medios intelectuales que permiten superar las falsas divisiones que han inspirado hasta ahora las ciencias sociales. Es ante todo el sentido de las investigaciones en curso sobre el sentido del aparecer, ligado al dominio del actuar. Una microsociología de la acción explora este dominio de la historicidad de lo cotidiano. Esta apertura sobre la cuestión del tiempo en la investigación sociológica ha sido favorecida desde que la pregunta se planteó en la organización de la experiencia cotidiana. Es el caso notable del trabajo de Louis Queré, quien fue decisivamente inspirado en ese plano, por el pragmatista estadounidense Georges H. Mead.⁴⁵ La pragmática le permite hacer el enlace entre la temporalización y la organización de la acción. Mead muestra en efecto, que la naturaleza del pasado no existe en sí misma, sino que es fuertemente tributaria de la relación sostenida con el presente. Esta relativización del pasado y la primacía que se concede al presente en su restitución están fundadas en Mead, “sobre la condición central que es la del acontecimiento”. Es en torno de ese acontecimiento en sí mismo, como acción situada, donde se realiza la estructuración del tiempo. El acontecimiento, por su discontinuidad misma con eso que le precede, obliga a la distinción y a la articulación de las nociones del pasado y del futuro. La perspectiva pragmática de Georges Mead lo conduce a contemplar esta temporalización como un componente esencial de la acción. Mead da el ejemplo de lo que podría representar la evocación de nuestra infancia

⁴⁵ G. H. Mead, *The Philosophy of Present*, 1964.

tal como la pudimos vivir, no como pasado relativo a nuestro presente, sino como un pasado cortado de su porvenir. Esto no tendría ningún interés más que el exotismo.

Es a partir de esta atención a la singularidad de la situación de emergencia del acontecimiento, en donde Louis Queré contempló el estudio concreto del acontecimiento en tanto se constituye como acontecimiento público.⁴⁶ Atento a la construcción social del acontecimiento, parte del presupuesto que la identidad, la significación del acontecimiento, al tratarse de manifestar no está constituido *a priori*, sino responde a un proceso emergente que se construye en la duración. Efectivamente, la identidad del acontecimiento termina por estabilizarse, pero sin nunca saturarse, quedando abierto a interpretaciones siempre renovadas. Es en esta perspectiva, que Louis Queré trabajó sobre el acontecimiento que constituyó la profanación del cementerio de Carpentras, así como en los problemas de los suburbios, sobre todo a partir de los incidentes de Vaulx-en-Velin de 1990-1991. Como lo decía Raymond Aron: “Es necesario dar al pasado la incertidumbre del porvenir”. Esta desfatalización condujo al historiador a regresar sobre situaciones singulares para intentar explicarlas sin presuponer un determinismo *a priori*. La pareja acontecimiento/situación resulta pues fundamental en esta nueva configuración, mediatisada por los individuos que dan sentido al acontecimiento, al mismo tiempo que lo producen. Esta reconstrucción en acto desplaza el centro de gravedad de la subjetividad hacia la intersubjetividad, y nos invita a tomar la medida del giro pragmático en la aprehensión de la noción de historicidad.

En la Antigüedad, el juego del azar y de la necesidad contribuyó a dar un espacio al acontecimiento, pero éste permaneció ampliamente tributario de eso que los antiguos denominaron Fortuna. Si el historiador desde Grecia antigua tendió a privilegiar la libertad humana en todas sus expresiones como parte

⁴⁶ Louis Queré, “Événement et temps de l’histoire”, pp. 263-281.

indeterminada de la acción, a pesar de todo, quedaba la inscripción de los dioses y de sus múltiples manifestaciones en el corazón mismo de la vida de la ciudad que es omnipresente. Un fatalismo, un destino querido por los dioses domina a la historia y a su cortejo de acontecimientos, y se busca pues adivinarlo, interrogando la profecías y los oráculos para guiar su conducta. En la Edad Media, el tiempo de Dios determina todavía más la relación con el tiempo y cada acontecimiento acaba por inscribirse en un conjunto preexistente y significativo. Son los clérigos quienes expresan el sentido de la sociedad occidental, al cumplir en la historia la realización de un plan determinado de antemano por Dios y en el que la trama *evenemencial* no es sino la epifanía progresiva destinada a repetir en su último momento prometido, el comienzo glorioso. Los acontecimientos históricos tienen lugar dentro de una teología muy estricta, ya que está sacralizada; ellos asumen la centralidad de una teofanía. Ciertamente a lo largo de los siglos XIV y XV el discurso sostenido por el clero, elaborado sobre el modelo del clero regular de los monasterios, se laicizó poco a poco, pero conservó en lo esencial la marca de la Providencia, que es el marco coherente de su desplazamiento. La ruptura moderna de los siglos XVI y XVII nunca atenuó el carácter obligatorio de la teleología, de la finalización de un tiempo lineal que encerrara la diversidad *evenemencial* en un único poseedor de significación. La historia *evenemencial* adquiere un sentido gracias a una teleología de la historia. El régimen de historicidad es el mismo y regresa a la imagen de que la tradición expresa de mejor manera el futuro. Es el sentido del *Discurso de la historia universal*, publicado en 1681 por Bossuet, el que despliega una filosofía de la historia a manera del Gran Delfín, el hijo de Luis XIV. La filosofía de la Ilustración toma cierta distancia con la idea de un plan divino y se apodera de un proceso de laicización de la historia, pero toma por su cuenta la idea de un *telos*, de una continuidad temporal fuertemente finalizada en torno de la realización del progreso, que conduce a una emancipación progresiva del género

humano gracias al triunfo de la Razón, capaz de conquistar en cada etapa una mayor transparencia. Este optimismo va a desembocar en la filosofía de la historia –Kant, Hegel, Marx– que marcará a todo el siglo xix, al que se tendrá la costumbre de llamarlo el siglo de la historia. Los hombres creen que hacen la historia, la suya, mientras que ella se desarrolla a sus espaldas y sin su conocimiento, frase que sigue la famosa idea de las trampas posibles de la Razón.

A distancia de estas cronologías y paralelamente se nota desde el Renacimiento de los siglo xv y xvi, un gran cuidado de autenticación de la veracidad *evenemencial*. Los humanistas sentaron las bases de un método crítico de fuentes, y el gran acontecimiento, decisivo en el giro de la noción de verdad, intervino cuando Lorenzo Valla logró establecer que la Donación de Constantino habría dado al papa Silvestre la posesión de Roma y de Italia y, posteriormente, aceptaría la autoridad temporal del Vaticano sobre todo el occidente cristiano. Dicha demostración se volvió la piedra angular del método crítico. El estudio científico de un documento textual, confrontado con el contexto histórico supuesto, será la anticipación esencial de la aparición de la erudición futura. Esta forma de escritura de la historia, que se denominara “historia anticuaria”, desarrolla y codifica las reglas de la crítica de fuentes en el siglo xvii. El lugar de la innovación se sitúa entonces, sobre todo, en el seno de la congregación benedictina de san Mauro. Es incluso una nueva disciplina la que nace con la publicación de *La diplomática* de Jean Mabillon, en 1681. Con el siglo xix el género histórico se profesionaliza verdaderamente, y dotará a la disciplina de un método con sus reglas, sus ritos, sus modos particulares de entronización y reconocimiento. Los historiadores de la escuela que denominamos “métodica”, contempla la historia como “un procedimiento de conocimiento científico”, y ambiciona con ello operar una ruptura radical con la literatura. El buen historiador es reconocido por su ardor en el trabajo, su modestia y los criterios incuestionables de su juicio científico. Rechaza en bloque eso que

los dos grandes maestros de la ciencia histórica de la Sorbona de fines del siglo XIX, Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos, llamaron “la retórica y las falsas apariencias” o “los microbios literarios” que pululan en el discurso histórico erudito. Un modo de escritura se impone, mismo que borra las huellas de la estética literaria en provecho de una estilística casi anónima que tiene sobre todo un valor pedagógico. Esta escuela, reagrupada en torno de la *Revue Historique*, creada en 1876, definió la función historiadora con el establecimiento metódico de los hechos y privilegió, por ello mismo, la restitución del acontecimiento en su efectividad por media de la doble crítica de fuentes: la interna y la externa.

De la misma forma en que Michel de Certeau avanzó con el término “Hacer la historia”, se puede considerar que el acontecimiento proviene de un hacer, de una fábrica. La construcción social del acontecimiento, la fabricación de su grandeza social, luego histórica, pasa por la tentativa de reducción de la indeterminación de eso que llegó a ser y al cual se intenta conferir una importancia determinada, en función de un sistema de valores. Esta búsqueda reviste la ventaja de provenir de un lugar, de una institución, de un anclaje societal, pero deja escapar toda una gran parte, que es la constitución simbólica del acontecimiento. Para evitar tener una relación de fascinación frente al acontecimiento, que revelaría al mismo tiempo tanto un engaño como la fetichización que puede poner a prueba al historiador frente al archivo, colocándolo como si tuviera un acceso directo a lo real, el analista dispone de un cierto número de herramientas. El historiador tiene a su disposición toda una reflexión de orden semiológico, tal y como la emprendida por Roland Barthes, todo un trabajo de des-mitologización que apunta a reencontrar la cara escondida del mito. Esta trayectoria no es para nada antinómica con la mirada de orden sociológica que permite restituir los discursos dentro de los lugares y de sus marcos sociales.

Hacer el acontecimiento presupone dos fenómenos diferentes. En primer lugar, y sobre todo en la sociedad moderna mediatizada,

esto implica una conmoción, un trauma, un estremecimiento que suscita en primera instancia un estado de afasia. Este primer aspecto, el más espectacular del acontecimiento, presupone una larga difusión que asegura y asume su repercusión. La conmoción producida por el 11 de septiembre de 2001 que repercutió a escala mundial es, en ese sentido, la precipitación más ejemplar de este género de fenómeno de *sideración*.⁴⁷ Al mismo tiempo, los grandes acontecimientos históricos llegan muy frecuentemente, como lo dijo Nietzsche, en las patas de una paloma, o como una enfermedad mortal que infiltra sigilosamente el cuerpo, o en el desembarco de los *Pilgrims* del Mayflower en las costas de Massachusetts e, incluso, la toma de la Bastilla que no suscitó ningún comentario de Luis XVI en su diario, con fecha del 14 de julio de 1789. Lo esencial del acontecimiento se sitúa, en efecto, sobre su huella, en eso que se volverá de manera no lineal, en los múltiples ecos en su *posterioridad*. ■

Traducción del francés, Norma Durán R. A.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- ALEXANDRE, Didier. “Le parfait de l’événement”, en Didier Alexandre, Madeleine Frédéric, Sabrina Parent y Michèle Touret (dir). *Que se passe-t-il? Événement, sciences humaines et littérature*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2004.
- ARON, Raymond. *Dimensions de la conscience historique*, París, Plon, 1961.
- BASTIDE, Roger. “Evénement”. *Encyclopédia Universalis*, París, vol. 6, 1968-1975.
- BOISSET, Emmanuel. “Aperçu historique sur le mot Evénement” en Emmanuel Boisset y Philippe Corno (dir.), *Que m’arrive-t-il? Littérature et événement*, Pennes, Presses universitaires de Rennes, 2006.
- BORGES, Jorge Luis. “Autour de l’ultraïsme”. *Oeuvres complètes*, París, Gallimard, 1995.

⁴⁷ Jacques Derrida y Jürgen Habermas, *Le ‘concept’ du 11 septembre*, 2004.

mard, tome 1, 1993.

_____. “Nueva refutación del tiempo”. *Otras Inquisiciones*. Madrid, Alianza, 1998.

_____. “La nadería de la personalidad”. *Inquisiciones*. México, Seix Barral, 1994.

_____. “El aleph”. *Obras completas 1923-1949*. Buenos Aires, Emecé editores, 1990.

CASSIN, Barbara. *L'effet sophistique*, París, Gallimard, 1995.

CERTEAU, Michel de. *La Prise de parole et autres écrits politiques*, París, Seuil, 1994.

CORBIN, Alain (dir.). *1515 et les grandes dates de l'histoire de France revisitées par les grands historiens d'aujourd'hui*, París, Seuil, 2005.

DERRIDA, Jacques y HABERMAS Jürgen. *Le “concept” du 11 septembre*, París, Galilée, 2004.

DEWERPE, Alain. *Charonne 8 février 1962. Anthropologie historique d'un massacre d'Etat*, París, Gallimard, 2006. (Folio-histoire)

DOSSE, François. *Le pari biographique. Ecrire une vie*, París, La Découverte, 2005.

DUBY, Georges. *Le dimanche de Bouvines*, París, Gallimard, 1973.

GANTET, Claire. *La paix de Westphalie (1648). Une histoire sociale, XVII^e-XVIII^e siècle*, Belin, 2001.

GINZBURG, Carlo. *Le juge et l'historien*, París, Verdier, 1997.

GOCHE, Paul. *Esquisse d'une théorie nominaliste de la proposition*, París, Armand Colin, 1972.

GRANDMAISON, Olivier La Cour (dir.). *Le 17 octobre 1961. Un crime d'Etat à Paris*, París, La Dispute, 2001.

JOUTARD, Philippe. *Actes du colloque organisé par le Centre méridional d'histoire sociale de l'université d'Aix en Provence*, Aix en Provence, 1986.

KOSELLECK, Reinhart. *Le Futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, París. EHESS, 2000.

LECLERC-OLIVE, Michèle. *Le dire de l'événement (biographique)*, Lille, Septentrion, 1997.

LE ROY LADURIE, Emmanuel. “L'histoire immobile”, leçon inaugurale au Collège de France, 30 novembre 1973; reimpresso en *Le territoire de l'historien*, tome 2, París, Gallimard, 1978, pp. 7-34.

LÜSEBRINCK, Hans-Jürgen y REICHARDT, Rolf. “La prise de la Bastille comme événement total. Jalons pour une théorie de l'événement à l'époque moderne”, en *Actes du colloque organisé par le Centre méridional d'histoire*

- sociale de l'université d'Aix en Provence*, Aix en Provence, 1986.
- MEAD, G.-H. *The Philosophy of the Present*, Chicago, Chicago University Press, 1932.
- _____. “The Nature of the Past”, en *Selected Writing*, Chicago, Chicago University Press, 1964, pp. 344-354.
- MOLINO, Jean. “L'événement: de la logique à la sémiologie”, en *Actes du colloque organisé par le Centre méridional d'histoire sociale de l'université d'Aix en Provence*, Aix en Provence, 1986.
- NORA, Pierre. “Le retour de l'événement”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dir.). *Faire de l'histoire*, 1, París, Gallimard, 1974, pp. 210-228.
- QUÉRÉ, Louis. “Evénement et temps de l'histoire”, en Jean-Luc Petit (dir.). *L'événement en perspective, Raisons Pratiques*, París, EHESS, 1991, pp. 263-281.
- REY, Alain (dir.). *Dictionnaire historique de la langue française*, París, Le Robert, 1992.
- RICOEUR, Paul. *Soi-même comme un autre*, París, Seuil, 1990.
- SIMON, Claude. *Le jardin des plantes*, París, Minuit, 1997.
- TACKETT, Timothy. *Le Roi s'enfuit. Varennes et l'origine de la Terreur*, París, La Découverte, 2004.

Hemerografía

- BARUCH, Marc-Olivier. “Anthropologie politique d'un massacre d'Etat”. *Annales. H.S.S. Núm. 4*, juillet-août 2007, París, Armand Colin, pp. 839-852.
- BRAUDEL, Fernand. “Histoire et sciences sociales: la longue durée”, *Annales. E.S.C.*, n° 4, oct-déc. 1958, pp. 725-753 ; reimpresso en *Ecrits pour l'histoire*, París, Flammarion, 1969.
- DELEUZE, Gilles y Guattari, Félix. “Mai 68 n'a pas eu lieu”, *Les Nouvelles Littéraires*, 3-9 mai 1984, pp. 75-76; reimpresso en Gilles Deleuze, *Deux régimes de fous*, París, Minuit, 2003.
- NAEPELS, Michel. “Il faut haïr”, *Genèses*, 69, París, Belin, décembre 2007, pp. 140-145.
- OLLION, Etienne. “Le jeudi de Charonne. Notes sur l'histoire et l'événement”, *Genèses*, 69, París, Belin, décembre 2007, pp. 128-134.
- RICOEUR, Paul. “Evénement et sens”, *Raisons Pratiques*, núm. 2, París, 1991, pp. 41-56.